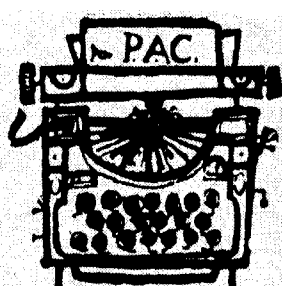


# Nuestra capital y la burbuja del nicaragüense



Tengo en mi patio un alcaraván —pájaro entre angelical y relojero— y como le doy de comer, me sigue, pero guardando, como los buses, su distancia. Si yo me aproximo más allá del límite que él ha establecido, retrocede. Se ha trazado, en su amistad, un espacio defensivo —de tres o cuatro varas de distancia— que no me permite romper. Leo que todo animal tiene una distancia crítica y que una de las artes del domador es conocer el milímetro justo después del cual el animal reacciona, sea huyendo, sea acometiendo. Pero, lo más interesante es que también el hombre estructura inconscientemente un micro-espacio de privacidad. Dice Edward Hall que “el sentido del yo del individuo no está limitado por su piel; se desplaza dentro de una especie de burbuja privada, que representa la cantidad de espacio que siente que debe haber entre él y los otros”. Esta burbuja varía según el individuo y sus hábitos y también según los pueblos. Según Hall el latinoamericano, por lo general, conversa más de cerca que el norteamericano, y los árabes son todavía mucho más prójimos en su trato. “Los árabes mediterráneos, dice, pertenecen a una cultura de contacto y en su conversación literalmente rodean a la otra persona. Le toman la mano, la miran a los ojos y la envuelven en su aliento”.

En pueblos mestizos como el nuestro, la burbuja es mayor o menor según prevalezcan unas u otras características raciales o sociales; pero en general nuestro pueblo, sea por indio, sea por español (y algo tal vez por árabe) es dado a reducir distancias.

En los templos, si la banca es para cuatro personas, se sientan o se apretujan seis. En las colas la tendencia es a apretarse hasta la asfixia. Lo mismo en las procesiones y ya no digamos en los viajes colectivos. Pero esta absoluta falta de burbuja la mantiene el nicaragüense hombro con hombro, o en fila. Frente a frente no la acepta. En su conversación, además de que conversa en voz muy alta (para gozo de los “orejas” profesionales), mantiene generalmente con su interlocutor la distancia de un brazo cuando dialoga de pie. Si reduce esa distancia, o está borracho (en la etapa querendona y efusiva de los abrazos), o está diciendo un secreto. En las regiones caballistas el campesino o el campista cruza su caballo con el otro, se dan la mano (casi nunca la estrechan con fuerza) y conversan a la distancia del saludo, o más lejos. En los caminos no es raro el diálogo del que va y del que viene con el camino de por medio. Casi resulta una contradicción la distancia que el nicaragüense interpone al hablar y la pegazón o contacto que acostumbra en sus actos sociales o multitudinarios.

Naturalmente que estoy hablando, en estas observaciones excesivamente generalizadoras, de gente del mismo sexo. La burbuja sigue leyes muy peculiares cuando habla hombre con mujer o enamorado con enamorada. Sería todo un tema para un joven investigador de “proxémica”, estudiar las distancias del amor y de los sexos en nuestro pueblo.

Seguramente se encontrará con que muchas cuchilladas por celos tuvieron por causa que el hombre “SE LE ACERCO MUCHO” a la mujer.

El nicaragüense es tenido por el tipo o carácter más confianzudo e igualado entre los pueblos de Centro América. Esto no significa necesariamente que estemos mejor nivelados que los otros en cuanto a distribución de riqueza o en cuanto a diferencia de clases. Sí puede significar un mestizaje más profundo y

unas relaciones de trato más campechanas y llanas entre sus diversos estratos socio-económicos. ¿Se deberá este trato al tipo de sociedad agraria de nuestro pasado o habrá influido también el compañerismo revolucionario de tantas guerras civiles que forjaron nuestra idiosincrasia? —De hecho nuestro “voseo” es un acortador de distancias —es el idioma en camisa o en cotona— que poco se aviene a los “excelentísimos” y de más tratamientos reverenciales tan del gusto de nuestra cortesanía antidemocrática. “Cada uno es cada uno y ninguno es más que nadie”, dice nuestro refrán.

Pero todas estas reflexiones las he traído a cuentas al recorrer día a día nuestra dispersa y descoyuntada capital y al preguntarme en qué medida las formas de vida y de trato de esta Managua van a influir o están ya influyendo en el modo de ser del nicaragüense.

En todas nuestras ciudades y pueblos han existido clases y niveles sociales que se identifican en las construcciones urbanas, sin embargo, la estructura de esas mismas ciudades, la continuidad y las ligas entre los barrios y el centro, las relaciones locales, los parques, la plaza, las fiestas, han mantenido un contacto, una vinculación, una familiaridad municipal que han formado nuestro sentido de vecindario. En estas ciudades y pueblos —uniéndonos o peleándonos por política— se ha forjado el nicaragüense igualado y próximo.

En cambio en Managua, la vecindad no tiene órgano. No sólo no hay un centro que nos reúna, que nos haga encontrarnos o que nos vincule siquiera a través de un apretón de manos, sino que sus barrios y repartos residenciales se están feudalizando conforme categorías económicas: —el hijo de un ejecutivo sólo se encontrará y dialogará con el hijo de otro ejecutivo, nunca con el hijo de su empleado y mucho menos con el hijo del mecánico o del carpintero como en las viejas ciudades nicaragüenses—, es decir, no sólo estamos ahondando las diferencias socio-económicas, sino, físicamente, aumentando sus distancias.

Debido a esas mismas distancias, mientras la ciudad con recursos todo lo tiene que hacer en automóvil, la otra parte de la ciudad —la sin recursos— todo lo tiene que hacer en bus, y mientras el bus colectiviza, borra fronteras y reduce la burbuja individual, el automóvil, por el contrario, fabrica para el “yo” una burbuja de lata que en lata y extrema el individualismo y nos convierte en unos extraños anacoretas sin causa.

En otras palabras: la misma ciudad produce dos resultados opuestos —agresivamente opuestos— en la formación o deformación del ciudadano y en su medida del espacio y de la relación social. La ciudad, en vez de servirnos para encuentro, nos sirve para separación.

Cuando llegamos a encontrarnos colectivamente: en la iglesia, en el estadio, en el cine, nos reunimos como espectadores no como dialogantes.

No hemos “descentralizado” a Managua; solamente la hemos “descentrado”. Entramos ya en 1977 y sigue decapitada la ciudad-cabeza. A nadie parece importarle la distorsión brutal que produce en sus moradores este vivir falso de ciudadanos sin ciudad. Pero Managua —quíerese o no— es la capital y una capital es una cátedra. ¿No será hora de preguntarnos cuál será el resultado de su deformación en el nicaragüense?

PABLO ANTONIO CUADRA